

REVERBERACIONES ACUSTICAS DEL TIEMPO (HOMENAJE A JORGE REYES)

Por: Héctor Ceballos Garibay

Recuerdo aquella grata imagen con claridad. Eran los años sesenta, cuando los bosques purépechas que circundan Uruapan aún estaban poblados de pinos y encinos, cuando las aguas del Cupatitzio todavía corrían caudalosas río abajo, cuando las excursiones al volcán Paricutín y a la Tzararacua formaban parte de la jubilosa cotidianidad de los niños y adolescentes de aquel tiempo edénico. Tal escena memorable transcurría a la vera del zaguán de la vieja casona familiar de Emilio Carranza, ubicada a poca distancia de la Pérgola Municipal. Jorge y Luis Fernando, mi hermano, tendrían acaso unos 15 años. Ambos, amigos entrañables desde la infancia, rasgaban afanosamente sus respectivas guitarras y entonaban canciones de los Rolling Stones. Y ya desde entonces, la vocación y el talento musicales de Jorge Reyes (1952-2009) emergían como una precoz anticipación de lo que más tarde se convertiría en una trayectoria artística reluciente de logros y propuestas en donde, sobre todo, descuellan con luz propia dos aspectos medulares: a) La fructífera amalgama de tradición e innovación; y b) La persistente búsqueda de sincretismos estéticos de gran calado sensorial y espiritual, todo ello en el marco de una cosmovisión integral del arte.

Efectivamente, nada en la prolífica obra de Jorge (alrededor de 30 discos, bandas sonoras para películas, espectáculos en vivo, etc.) resulta de mayor relevancia que el par de tópicos mencionados: por un lado, la incesante renovación y experimentación, abrevando siempre del riquísimo acervo musical que dimana de las culturas primigenias; y, por el otro, su pasión por fusionar ritmos y armonías de diferentes orígenes y latitudes: lo ancestral y lo moderno, lo oriental y lo occidental, lo natural y lo tecnológico, lo sagrado y lo profano, lo cotidiano y lo sublime, lo nacional y lo universal. Y estas preocupaciones estéticas y sus buenos frutos se aprecian en los estudios profesionales realizados por el músico uruapense (en la UNAM, Alemania y la India), y en sus múltiples viajes, vivencias y convivencias por todo el orbe y con otros géneros y manifestaciones artísticas como el teatro, el circo, las marionetas, los

rituales religiosos, las danzas regionales, los recitales poéticos y el contacto con la naturaleza pródiga y prodigiosa.

Desde sus primeras experiencias musicales con los grupos *Al Universo* y *Nuevo México*, en donde Jorge tocaba la guitarra y la flauta, la apetencia de ir más allá de lo trillado y convencional emergía como frescas y nutritivas simbiosis entre el rock progresivo, el jazz, el blues y la música culta. Las letras de las canciones se hilvanaban a partir de mensajes sugestivos e irreverentes, muy a tono con una época –la años setenta- que ya se había beneficiado con las conquistas libertarias conseguidas en la década anterior por los movimientos contraculturales: las feministas, los pacifistas, los gays, el black power, el hippismo y la psicodelia. Posteriormente, en su etapa de transición, durante el primer lustro de los ochenta, Reyes, al lado del grupo Chac Mool, dio inicio a una modalidad musical que más tarde sería su santo y seña: la fusión de sonidos, ritmos e instrumentos autóctonos con la tecnología más sofisticada y vanguardista. A la postre, ya como solista (a partir de 1985), Jorge arribó pronto a su proyecto creativo más ambicioso y genuino, más radical y personal: el Tloque nahuaque, o música corporal con canto armónico, sustentado en la respiración rítmica y en la utilización del cuerpo como un surtidor inagotable de resonancias ignotas y maravillosas. Resultado de esta variante sonora de gran impacto escénico fue que el artista uruapense alcanzó sus mayores logros: la reivindicación no folclorista sino polifacética de la etnomúsica y la incursión en el espectáculo lúdico-catártico, una feliz interrelación de danza, teatro y música en una actuación efímera y ecléctica en la cual confluyen lo sagrado y lo profano, el mito y la historia, la levitación y la fantasía, la meditación y el éxtasis. En sus últimos años, gozando a plenitud de sus facultades creativas, el autor comenzó a explorar un mundo sonoro enigmático e inabarcable, desconocido y muy poco ponderado. Este nuevo objetivo artístico consistía en escuchar y descubrir la belleza de los compases que rutinaria o azarosamente se producen en el entorno campestre o urbano, registrar y degustar los sonidos y los silencios que fluyen en la cotidianidad, y percibir y regocijarse con aquellas insospechadas reverberaciones acústicas que armonizan el eterno transcurrir del tiempo.

Por suerte, a fin de escenificar su música, Jorge contó –a lo largo de 20 años- con un ámbito idóneo para explayar su proyecto estético: el Espacio

Escultórico, ubicado en la Ciudad Universitaria de la UNAM. Y fue aquí, acogido por esta escultura magistral, diseñada por seis ilustres artistas (Felguérez, Goeritz, Hersúa, Silva, Escobedo y Sebastián), donde Reyes vislumbró la epifanía de su arte: la conjunción de un arte público y colectivo con la creatividad individual, la convergencia de los sonidos inmemoriales y la comunicación histriónica, la imbricación de pasado-presente-futuro, y la síntesis dialéctica entre el talento humano y un entorno geográfico impregnado de simbolismo espiritual: los prismas impolutos rodeados de lava petrificada y la caprichosa composición geométrica de tempestades ígneas como metáfora del pasmoso caos que precedió a la génesis del mundo. Asimismo, la “Noche de Muertos”, con su inagotable compaginación entre lo sagrado y lo profano, el ritual religioso y la fiesta pagana, la solemnidad y la ironía, pasó a ser el momento ideal para que año tras año nos transformáramos en dichosos testigos de un acontecimiento sin parangón: la actuación estelar, a un tiempo dionisiaca y chamánica, de Jorge Reyes.

El amor del músico a la cultura purépecha que alimenta a su pueblo natal, y su enorme interés y respeto por las tradiciones artísticas de los pueblos indígenas (en particular los mayas y los huicholes), siempre fueron la raíz y el sustento de su proyecto musical, una perspectiva abierta y mutante que, partiendo de lo propio y originario, se conjugó provechosamente con lo pluricultural y lo universal, tal como también lo hicieron Tamayo en la pintura y López Velarde en la poesía. Sin duda, gracias a la enorme trascendencia artística de su obra, esa persona concreta que se difuminó en un sueño infinito durante la madrugada del 7 de febrero, ese individuo noble y apacible, comprometido con las causas justas, solidario y afectuoso con sus seres queridos, hoy nos pertenece a todos: tanto a los habitantes de su terruño uruapense, aquel paraíso perdido donde paseó y cantó durante su infancia y primera juventud, así como a la humanidad entera de la cual es y siempre será uno de sus hijos dilectos.

